

La jugada que nadie vio venir

Si alguna vez viste a MaCoRu en acción... sabes que siempre tiene una idea bajo la manga. Es de esas que resuelven en segundos lo que a otros les toma horas.



Pero esta historia no es sobre velocidad.

Es sobre lo que se siembra, y luego florece.

Todo comenzó en una competencia inter escolar. Un torneo de desafíos matemáticos y de lógica. MaCoRu representaba a su grupo. El equipo contrario tenía a Clara, una niña brillante... pero con fama de competitiva al punto de rozar la grosería.

Antes del desafío, Clara dijo en voz alta:

-Espero que no se aburran perdiendo.

Algunos se molestaron. Otros se burlaron. Pero MaCoRu solo la miró y dijo:

-Buena suerte, Clara. Ojalá lo disfrutemos.

Durante el torneo, cuando Clara cometió un error, algunos quisieron celebrarlo.

Esa misma tarde, después del recreo, DEXTI encontró la sala sucia. Papeles, envoltorios, manchas de jugo. Algunos niños se quejaban de que no les tocaba limpiar.

DEXTI no se enojó. No culpó a nadie.

Solo sacó una hoja y escribió:

"Este espacio fue diseñado para compartir. El buen trato también se ve en el suelo."

Lo pegó en la puerta, y sin decir más, empezó a recoger.

Uno a uno, los demás se fueron uniendo. Sin culpa, sin gritos, sin castigo.

Solo con conciencia.

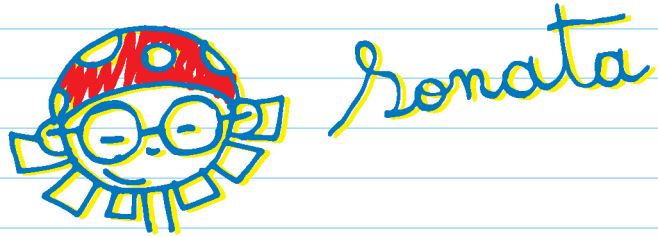
Porque DEXTI lo entendió antes que muchos: el buen trato no es solo con las personas... también es con lo que nos rodea.

Amatu

La canción que no tenía letra

He aprendido que no todas las palabras se dicen con la boca. Algunas se cantan. O se sienten.

Sonata lo sabe mejor que nadie.



La conocí en un taller de música en mi barrio. Todos los niños tenían que inventar una canción sobre su escuela. Algunos hablaban de las clases, otros del recreo, de los profes o los partidos de fútbol.

Pero Sonata... no escribía nada.

Pasaban los días y ella solo observaba. Escuchaba.

Veía cómo algunos se quedaban solos. Cómo otros interrumpían. Cómo a veces alguien lloraba bajito sin que nadie lo notara.

—¿Y tu canción? —le pregunté un día.

—Todavía no tiene letra —respondió—. Estoy afinando primero el corazón del grupo.

—¿Y para qué? —preguntó alguien.

—Para que nos cuente qué cosas le importan a él. Porque si vamos a mejorar la plaza, no tiene sentido si no lo escuchamos a él también.

Hubo un silencio largo. De esos que a mí me gustan.

Y al día siguiente, en la sede, había una silla vacía. Hasta que llegó Sofia, de nueve años.

Se sentó con timidez. Y habló.

Dijo que los juegos estaban rotos. Que su hermano se cayó y nadie lo ayudó. Que le encantaría tener más flores, y una fuente con agua "para que los pájaros también tengan donde tomar".

Ese día se cambiaron varias decisiones.
Y la plaza no fue la misma después.
Fue mejor. Porque alguien pequeño había hablado.
Y alguien grande lo había hecho posible.
Cyrus no construyó la plaza.
Pero dejó la silla puesta.

Amatu